

## VI Domingo de Pascua (05-05-24)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

En este camino pascual, este sexto domingo nos recuerda **la revelación**, la única revelación que vino a hacer Jesús a la humanidad. Y esa única revelación es que **Dios es amor y sólo es amor**. En Dios no hay odio, en Dios no hay temor, en Dios no hay venganza, es nuestro Padre. *“Como el Padre me amó, así los he amado yo. Permanezcan en mi amor”*.

Jesús, en su camino con nosotros, estaba siempre caminando y mirando al Padre, hacia el Padre, no perdió nunca esa perspectiva. Y cuando uno no pierde esa perspectiva, como decimos en el Padrenuestro, uno aprende a ser hijo. Y Él, que ya lo era (ontológicamente podemos decir, en su propio ser), también le hizo caso a su “ser” hijo, y aprendió a amar a sus hermanos.

Por eso, todo el camino de Jesús en los evangelios, es una preciosa muestra que tenemos que seguir todos para aprender también nosotros a ser hijos. Y siendo hijos, aprender a ser hermanos los unos de los otros. Esto es muy importante, sobre todo, porque hay muchas cosas que, en nuestro norte de comprensión, nos tientan. Inclusive, ocurre con nosotros mismos cuando consideramos que somos algo que, en el fondo, no es lo más importante: “que soy superior”, “que soy obispo”, “que soy ingeniero”, “que soy abogado”, “que soy técnico” (ahora la moda es ser técnico, ¿no?, técnico en A, B, C, y D).

Lo primero de todo es que somos hijos. Y si somos hijos, entonces, debemos agradecer siempre, como a todo padre o a toda madre (lo vamos a celebrar el próximo domingo), hacemos un acto de agradecimiento, porque nos llenan de confianza, de inspiración, de aliento. Padre no es el que deja abandonado, el padre y la madre se caracterizan siempre por acompañar, acompañar hasta el final, y nos abandonan solamente cuando se van a participar de la vida de Dios, y desde allí nos acompañan también.

Y eso, hoy día es importante para todos nosotros porque muchas veces perdemos el norte, y las ambiciones, los distintos complejos o problemas que podemos tener, nos hacen desviarnos del camino, pero el Jesús Señor nos recuerda que es Dios nuestro Padre y Él ha venido a comunicarlo y a darlo a nosotros.

Evidentemente, en este camino hay mandamientos. El Evangelio de hoy (Jn 15, 9-17) dice: *“Si guardan mis mandamientos, permanecerán en mi amor”*. Es decir, tendrán la capacidad ustedes de ser fieles al amor que se les ha dado si es que recurren a aquellas cosas que Jesús nos ha dicho. La palabra “mandamiento”, a veces, nos suena un poco fuerte porque parece una especie de orden, de mandato. En realidad, el mandamiento del Señor es eso: **amar a Dios sobre todas las cosas y a los hermanos como a nosotros mismos**. Eso ya estaba en el Antiguo Testamento, pero cuando lo revela Jesús suscita en nosotros la capacidad de, dejándonos inspirar, aprender a ser hermanos, no por una orden, sino por un mandato distinto, **“el mandamiento nuevo”** que le llama el Señor. *“Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros”*.

Y lo que quiere el Señor de nosotros es la felicidad, porque dice que Dios ha hablado esto *“para que mi alegría esté en ustedes y su alegría sea plena”*. El Señor ha venido para llenarnos de alegría. El primer documento que escribió el Papa Francisco se llama *“El Evangelio de la Alegría”*, y muchas veces nosotros tenemos un cristianismo un poco *“de tristezas”*. A veces, pensamos que tenemos que flagelarnos mucho, golpearnos mucho, tocarnos el pecho mucho, en vez de apreciar todas las gracias que Dios nos ha dado, especialmente, la gracia de ser hijos e hijas; y que, finalmente, siendo hermanos, vivamos en esa alegría permanentemente.

Todos nuestros santos, como la imagen del Señor del Costado que han traído a esta Catedral, que es traspasado porque tiene esa capacidad de donarse hasta el final. Y eso es lo que nos sostiene como fe: vivir inspirados y sin temor, en la confianza, porque eso desarrolla nuestras capacidades. Por eso, los papás cuando alientan a sus hijos, se sienten cómodos, se sienten alegres. Pero si en la mañana nos levantamos y nos dicen: *“esta fea, sucia”*... *“este muchacho empedernido”*... estamos todo el tiempo tristes porque no somos valoramos como las personas. Y Jesús tiene esta gran capacidad de siempre valorar, siempre reconocer; a veces, los resondra un poquito a sus discípulos, pero es para alentarlos y lo hace con delicadeza. Y esa es una experiencia que uno siempre agradece.

Por eso, si estamos llamados a ser alegres y a tener alegría plena, el mandamiento del amor nos lleva a algo más importante todavía: nos lleva a la **amistad íntima con Dios**. Somos, a la vez que hijos, somos sus amigos: *“Ya no los llamo siervos”*, ya no los llamo esclavos, *“porque el siervo no sabe lo que hace su Señor. A ustedes los llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que he oído de mi Padre”*.

Los limeños, pienso que también los chiclayanos, los cajamarquinos y todos los que estamos aquí presentes, habremos tenido y solemos tener un amigo, un “pata del alma”. La palabra “pata” es muy buena en Lima. “Pata” es mi amigo (pensamos que es pierna, también), pero “pata” viene de “patología”, de padecer; es el que se “compadece de mí”, “padece conmigo, solidariamente, eso significa “pata”.

La Iglesia es la Iglesia de los “patas” del alma del Señor y los “patas” del alma entre nosotros. Esta dimensión de amigos es fundamental para existir porque el Señor lo opone a la servidumbre, a esa actitud de miedo ante Dios que todos estamos temblando porque lo primero que pensamos es que “nos va a castigar”. Eso, hermanos y hermanas, hemos dicho muchas veces, son las costumbres religiosas de los pueblos que nosotros hemos inventado para hacernos una idea (porque somos hechos para Dios). Y, entonces, nos imaginamos a Dios como cada uno siente y, normalmente, se tiene miedo; simultáneamente, se siente una fascinación, pero también se siente miedo.

El Señor, en una parte de la carta que hemos leído de San Juan (1 Jn 4, 7-10), dice: *“No hay temor en el amor, porque el temor mira al castigo, en cambio, el amor expulsa el temor”*. Y lo que nos dice ahora Jesús, diciendo que somos sus amigos, son los amigos que viven en la confianza y que expulsan de la experiencia religiosa el temor, el miedo. Así que tenemos una gran tarea, hermanos y hermanas, porque todavía nos quedan resquicios de las religiones ancestrales que se han infiltrado en la historia de la Iglesia y en la fe y que han generado estos temores.

El Papa insiste mucho en estos días, con el sínodo de párrocos que ha habido en Roma, en donde los sacerdotes debemos

dejar de tener actitudes clericales que generan miedo y generan desesperación en la gente, porque están pensando que el padrecito se va a amargar y, entonces, todo el mundo calladito. Tenemos que ayudarnos mutuamente a corregir eso porque nos permitirá ser un pueblo de hermanos que se estima.

Y miren qué bonito, en el texto de los Hechos de los Apóstoles (Hch 10, 25-26. 34-35. 44-48), que Pedro llega a la casa de Cornelio, que es una persona que no cree, pero que está curiosa de la fe. Es un centurión, es un romano que no escuchaba hablar de Dios, sino que por oídos ha conocido algo de Jesús. Y cuando Pedro llega a su casa, Cornelio cree que Pedro es sucesor de Jesús y de la dirección de la comunidad de la Iglesia, piensa que es medio “dios” y se arrodilla con temor. Pero Pedro ha cambiado (porque él tenía un poco de temor al Señor) y le dice: “Hijo, yo soy igual a ti, déjate de vainas, deja de estarte inclinando ante mí”.

Eso pasa entre nosotros también. Es verdad que, a veces, podemos abusar de la confianza, (con confianza, sin vergüenza), pero también es cierto que, si no tenemos una relación de confianza, continuaremos con todas estas alturas, jerarquías, uno más alto que el otro, inclusive, en la liturgia. Si celebramos así es porque nos unimos al Señor con respeto, pero con igualdad. Y todos somos iguales en la realidad de hermanos y de hijos; y esa es la mejor igualdad que hay porque nos permite ayudarnos y corregirnos. A veces, tenemos que corregir, inclusive, al obispo, a los curas. Si tienen algo que decirme, pueden mandar todo por los mails (ya le pedí a la secretaría que reúna semanalmente todo para leer las quejas o sugerencias). Y eso es porque nos equivocamos también.

Lo terrible es que en nuestro país suceden cosas, y los que gobernamos o los que dirigimos iglesias, comunidades o clubes

o lo que sea, no podemos pensar que nunca nos equivocamos, que somos perfectos, que somos “dioses”. ¡No! Somos hijos, somos hermanos, el único Dios es nuestro Padre, que Él también envió al Hijo para mostrar el rostro amoroso y que, en cierto modo, todo Dios se sacrificó por nosotros para decir que está cerca de nosotros, como el Señor del Costado.

Por eso, hoy día, hermanos y hermanas, en este texto de Hechos de los Apóstoles está sacándolo ya al pobre Cornelio de esa imagen de superioridad que tenía de Pedro y, de sorpresa, cae el Espíritu Santo sobre el grupo de la familia del centurión, que son todos paganos, que no son cristianos. Y les cae el Espíritu Santo encima y, entonces, los que están allí, al lado de Pedro, que sí se han bautizado y que son de origen hebreo, dicen: “¡Cómo es posible!”.

Es lindo porque es un acto gratuito, porque ya la Iglesia empezaba a tener el rito del Bautismo y sabía que ese camino había que seguirlo ordenadamente (como nosotros también sabemos: primero el Bautismo, Primera Comuni3n, Confirmaci3n). Pero ¿qué pasa si el Señor quiere ser gratuito y mostrar signos de gratuidad? Una cosa que decíamos hace mucho tiempo, cuando la Iglesia empezó a reformarse en 1963, cuando estábamos a mitad del Concilio, se decía: “Vamos a evangelizar a los pobres pero los pobres nos evangelizan”. ¿Por qué? Porque Dios está en todos. y uno va “por lana” y sale “trasquilado”. Es decir, uno va a buscar que la gente se convierta y ya están más convertidos que uno porque todos recibimos el don del amor, y ya presente, lo intuimos.

Lo que sólo hace Jesús es “despertar”. “El Reino de Dios está cerca. Miren, tomen en cuenta, conviértanse a que el Reino ya está pululando por nuestras experiencias de vida”. Y por eso es que la Iglesia tiene que ser más atenta a que la podamos hacer

siempre junto a nuestro pueblo; y por eso el Papa ha recogido esa antigua tradición de llamarle a la Iglesia: **Iglesia sinodal**, porque **sinodal** significa **caminamos juntos el camino hacia Dios**, porque todos somos iguales, igualmente hijos y hermanos.

El Papa ha inventado una frase muy linda al decir que la jerarquía en la Iglesia es como una pirámide, pero vamos a cambiar de manera de pensar: una pirámide al revés, de cabeza, en donde el último es el obispo o el Papa y los primeros son el Pueblo de Dios. Es una pirámide invertida, sin embargo, a veces estamos todo el santo día pensando cómo subimos y cómo conseguimos influencia para “subir”. Es verdad que tenemos muchos problemas y necesitamos ayuda, por eso, pensamos que “yendo” a las influencias conseguiremos algo, pero lo mejor es siempre tener en cuenta la opinión de los sencillos. Acostumbrémonos a eso, porque *de la boca de los niños de pecho, el Señor ha sacado una alabanza para el Señor, desde los pequeños y los humildes.*

Hoy día, estamos muy alegres porque están aquí los acólitos de la Parroquia de San Juan de la Cruz, que han venido con su párroco, el padre Paulo Piérola, y estamos contentos porque ayer nos hemos reunido con todos los acólitos de tres vicarías (y así vamos a reunirnos con todos). En la Vicaría de la Juventud estamos tratando de ver que con los niños y los jovencitos que se acercan al altar, podamos desarrollar esa capacidad de percibir la belleza de lo que se celebra. Y en esa belleza, la transmitan, porque Jesús ha dicho que convoca a sus discípulos para que “estuvieran con Él”, pero también “para enviarlos a predicar”, no para encerrarse en el templo.

Y entonces, hemos visto que este grupo nuevo, que va a crecer en toda la ciudad como acólitos, van a ser no solamente los que

están aquí en el altar sirviendo, también estarán en las bancas, entregándoles la hojita de cantos, acogiendo en la puerta también, enseñándonos los cantos, animando la liturgia, porque son un grupo de alentadores de la celebración bella, que el Santo Padre Francisco en los últimos días ha llamado en la carta apostólica “Desiderio Desideravi”: la *ardencia* de la celebración, que es también la celebración de los amigos de Jesús, **celebrar ardientemente nuestra fe.**

Todo nuestro pueblo tiene esa experiencia, esa sensación de que la misa no puede ser tan triste, tan calladitos todos, sino que todos hemos de participar con alegría. Y cuando el Papa hizo esa exhortación, convocó en la tarde en la basílica de San Pedro a todos los angolese y africanos de Roma, y entraron bailando a San Pedro todos. Fue una fiesta como la que vamos a tener en el Qoyllur Riti en nuestra Catedral, donde vienen todos los campesinos, toda la comunidad quechuahablante en Lima y viene con sus cantos y participan. Si la misa no es eso, no expresa la alegría que el Señor quiere para nosotros, entonces, empezamos a ser una iglesia triste y un poco, dejamos de ser Iglesia.

Que el Señor que gratuitamente nos ama y que nos ha elegido para vivir en alegría, permita que cada uno de nosotros, en su ser personal y todos como comunidad, despertemos a un signo de Iglesia que sea testimonio de la esperanza y de la alegría para nuestro pueblo que vive tantas tristezas, pero que se puede superar cuando entramos todos en el mismo sentir y, como dice el Señor, ***donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia a manos llenas.***

Y con eso neutralizaremos, como cristianos, todos los intentos de violencia, de maltrato, de corrupción, de robos y ambiciones que estamos viendo, creando entre todos nosotros como una

reguera de pólvora de fe, de amor y de alegría (así como esas regueras de pólvora que ponen en los fuegos artificiales que celebran la alegría del Señor).

Que el Señor, que entregó su vida por nosotros y que adoramos a través de su costado, nos permita ser engendrados por Él de su costado, del agua y del Espíritu.

Amén